

# El silencio del poeta

Andrés Dickinson



## Capítulo 1

Pasaban los días, cada vez más oscuro  
el horizonte, y su musa no aparecía.  
Contemplaba el lento derruir  
de cada hora que moría en el límite  
de un verso jamás dicho, jamás escrito.  
Él mismo sentía desmoronarse  
por el peso del silencio.

Pero, ¿a qué atribuir el mudo  
transcurrir del tiempo?  
¿Algún abandono, una queja  
o una ignota pena?

Aun así, tras días y días  
de zozobra, de cavilaciones  
y extravíos, el canto del viento  
trajo a su ventana la respuesta.  
Estaba satisfecho, eso era todo.  
Ante sí se abría un abismo  
de olvido que prometía devorarlo;  
mas al poeta no le interesaba

más que la plenitud que lo ahogaba  
como una mordaza azucarada,  
que lo mecía al vaivén del humor  
de las flores y de la ventisca  
en que llovía tanta vida.

Luego, tocaron a su puerta.  
Fue Erató quien le habló  
y le dictó al oído una a una  
las palabras. El poeta escribió.  
Sus dedos se movían como los de un pianista  
y no sabía si cantar a voz en cuello  
o si legar el brío del poema  
a futuros ojos que cantaran.  
Llegado el punto final,  
se encontraba una vez más solo,  
ebrio de melancolía.

Su musa solía abandonarlo, pero no del todo.  
Volvía a él cuando lo notaba  
farfullando el discurso del amor,  
en el que se entremezclaba el olor de Venus  
y el dulzor de Eros como el incienso  
y el néctar de un botón de rosa.